



CUENTOS DE CALLEJA

Casillo

EL SASTRECILLO LISTO



ABÍA una vez una Princesa muy orgullosa; si venía alguno a pretenderla, le proponía un acertijo, y, si no lo acertaba, le despachaba burlándose de él. También hizo pregonar que el que acertara su acertijo se casaría con ella, cualquiera que fuese.

En la ciudad había tres hermanos sastres que vivían juntos. Al oír el pregón, el mayor dijo que habiendo dado tantas puntadas en su vida que habían salido bien, lo mismo sucedería con el acertijo de la princesa. Por lo cual se dispuso a ir a Palacio para tratar de acertarlo.

—También yo iré—dijo el segundo.

—Y yo—dijo el pequeño.

—Quédate en casa—dijeron a éste sus dos hermanos—; tú no harás nunca nada, porque eres demasiado bobo.

Pero el sastrecillo dijo que se le había metido en la cabeza que llegaría a ser algo, y se marchó en compañía de sus dos hermanos.

Se presentaron los tres en Palacio, y los servidores del mismo rogaron a la princesa que diese su acertijo, pues habían llegado tres personas dotadas de tan fino entendimiento, que se podía enhebrar en una aguja.

Entonces dijo la Princesa:

—Tengo dos clases de cabello en la cabeza; ¿de qué colores son?

—Sí no es más que eso—dijo el hermano mayor—uno será negro y otro blanco.

—Mal contestado—dijo la Princesa—. Conteste el segundo.

—Si no es blanco y negro, será castaño y rojo.

—No es eso—dijo la Princesa—. Conteste el tercero; a ése le conozco en la cara que lo acertará.

Avanzó entonces el sastrecillo bobalición, y dijo:

—La Princesa tiene en la cabeza un pelo de plata y otro de oro; éstos son los dos diferentes colores.

Al oír esto, la Princesa palideció, y por poco se cae del susto, porque el sastrecillo había acertado, y ella había creído que nadie en el mundo lo llegaría a adivinar. Cuando volvió en sí, dijo:

—Todavía no me has ganado; aun te falta hacer otra cosa: abajo, en la cuadra, hay un oso, con el que tienes que pasar la

noche; si mañana cuando me levante te encuentras vivo, te casarás conmigo.

La Princesa hacía esta proposición creyendo que de esta manera se libraría del sastrecillo, porque el oso no había perdonado todavía a ninguno de los que se habían acercado a él.

El sastrecillo no se dejó asustar, y dijo alegremente:

—¡Caramba, no hay nada que me guste como dormir con los osos!

Al llegar la noche encerraron al sastrecillo con el oso. Este quiso inmediatamente saludarlo con la pata, según tenía por costumbre.

—¡Poco a poco!—dijo el sastrecillo—; ya te arreglaré yo.

Diciendo esto, sacó tranquilamente del bolsillo unas nueces, y partiéndolas se las comió.

Al ver esto el oso, quiso también comer nueces.

El sastrecillo metió la mano en el bolsillo y le alargó un puñado; pero no eran nueces sino piedras. El oso se las metió en la boca, y no pudo partirlas, a pesar de lo mucho que apretó los dientes.

—¡Ay—pensaba—, qué tonto soy! No sé ni cascar nueces.

Y dijo al sastrecillo:

—Párteme las nueces.

—¿Ves qué tonto eres?—dijo el sastrecillo—. Tienes una boca tan grande y no sabes partir una nuez.

Cogió las piedras, se metió con disimulo una nuez en la boca, y la partió al instante.

—Probaré otra vez—dijo el oso—; desde que te lo he visto hacer, me parece que también lo sé hacer yo.

Y el sastrecillo le dió de nuevo piedras, y el oso trabajaba y mascaba con todas sus fuerzas; pero fácil es de comprender que no pudo partirlas.

A los apretones se le saltaron siete muelas, y quedó con la boca tan dolorida, que no hubiera podido mascar ni manteca.

—Me parece—dijo el oso—que mañana tengo que llamar al dentista para que me arregle la dentadura, porque la tengo algo picada.

Pero el oso pensaba:





—Yo no podré comerte hasta mañana; pero lo que es hoy te destrozo con las uñas.

El sastrecillo le dijo:

—¿Sabes por qué no te tengo miedo? Pues verás: cuando yo era pequeñito me reunía con otros muchachos de mi edad, y marchando por los trigos llegábamos hasta el monte, y nos entreteníamos en cazar osos de una manera muy original. Ya has visto qué fácilmente parto nueces que a ti te hacen saltar las muelas. Los sastres, en fuerza de morder el hilo, adquirimos en la boca más fuerza que un león; pues bien: en cuanto veía un oso, me acercaba bonitamente, y de un mordisco le saltaba los sesos, luego me los comía fritos, y en paz.

Al oír esto el oso se estremeció, diciendo para su pellejo:

—Si me pongo a mal con este tío me echa los sesos fuera. Esperemos que duerma para hacerlo picadillo.

Después cantó el sastre una hermosa canción de su país, que decía así.

Por bailar un oso blanco
Mucho dinero ganó
Y por no saber el baile
Otro oso se arruinó.

—¡Bravo, bravo!—exclamó el oso—; ésa es una canción que yo acompañaría con una pandereta si la tuviera a mano. Es preciso que yo la aprenda de memoria. ¡Cuántas cosas sabéis los sastres!

—Pues eso no es nada en comparación de las cosas que puedo enseñarte. Sé cazar pulgas a cañonazos; cazo gorriones con saliva, y los elefantes los mato con huesos de breva, que es cuanto hay que hacer.

—Mucho me sorprende lo de cazar pulgas a cañonazos; pero, al fin y al cabo, cada cual tiene su modo de matarlas. No deja de admirarme lo de cazar los gorriones con saliva; pero lo que me pasma es que mates los elefantes con huesos de breva, porque las brevas no tienen hueso.

—Eso será en tu tierra—dijo el sastre—; porque, en la mía, las brevas tienen huesos como puños.

Luego sacó el sastrecillo de entre su levita un violín, y se puso a tocar una piececita.

Al oír el oso la música no se pudo contener, y empezó a bailar, y, después que hubo bailado un rato, le gustó tanto, que dijo al sastrecillo:

—Dí, ¿es difícil tocar el violín?

—Facilísimo, mira: con la mano izquierda toco, y con la derecha sostengo el arco.

—Yo también —dijo el oso— quisiera saber tocar el violín, para bailar siempre que quiera. ¿Qué te parece? ¿Quieres darme lecciones?

—Con muchísimo gusto—dijo el sastrecillo—si no eres muy torpe. Pero enséñame tus manos: muy largas son; tendré que cortarte primero las uñas.

Trajeron entonces un torno; el oso metió en él sus manos, y el sastrecillo, apretando con toda su fuerza, dijo:

—Espera hasta que venga con las tijeras.

Y dejando gruñir al oso, se echó en un rincón sobre un montón de paja y se durmió.

La Princesa, al oír gruñir al oso de un modo terrible durante la noche, creía que lo hacía de alegría de haberse comido al sastre. Levantóse por la mañana, contenta y sin cuidados; pero, al pasar por la cuadra, vió al sastrecillo sano y contento como el pez en el agua.

Entonces ya no pudo negarle su mano, porque se la había prometido públicamente, y el Rey envió por un carruaje, en que la Princesa tuvo que ir con el sastrecillo a la iglesia, para que allí los casaran.

Después que se había subido al coche, los otros dos sastres, que tenían mal corazón y le envidiaban su suerte, entraron en la cuadra y soltaron al oso.

Este, lleno de rabia, corrió detrás del coche. La Princesa, que le veía y oía rugir, tuvo miedo y exclamó:

—¡Ay! ¡El oso está detrás de nosotros, y te quiere llevar!

El sastrecillo bajó la cabeza, sacó las piernas por la portezuela y gritó:

—¿Ves el torno? ¿Lo ves bien? Si no te marchas, te cogere de nuevo.

Al ver esto, el oso dió la vuelta y echó a correr.

Y el sastrecillo fué tranquilamente a la iglesia, lo casaron con la Princesa, y vivió con ella más contento que unas pascuas.

El que no lo crea, que pague un duro.

